

Un viaje en tren

Martín Luis Guzmán

Mis amigos vinieron a buscarme poco antes del mediodía, y en grupo me acompañaron a la estación.

Cuando llegamos, ya el tren estaba allí: polvoriento, estrafalario, muy de Revolución mexicana —con furgones y coches de los más diversos tipos y con marcadísima traza, por eso pintoresca, de cosa que se viene abajo—. Tenía aquel tren, además, como si íntegro le pesara encima —bastaba una mirada para advertirlo—, todo el cansancio de su larga carrera desde los alrededores de Guaymas, de donde acababa de llegar, y revelaba a leguas la resignación dolorosa con que se disponía a echarse al camino otra vez, sólo que ahora en viaje de regreso.

Porque era costumbre entonces, en el servicio ferroviario entre Sinaloa y Sonora, que el tren que llegaba a Culiacán procedente de Cruz de Piedra (de Culiacán a Mazatlán el tráfico se hallaba suspendido) fuera el mismo que salía, inmediatamente, en sentido contrario. Así, por un simple cambio de colocación de la locomotora, el tren del norte se convertía en el acto en tren del sur, y de ese modo se evitaban algunas de las muchas deficiencias debidas a lo escaso del material rodante.



En la estación mi despedida fue larga, porque esta vez, como siempre, el tren se mantuvo fiel a sus peculiaridades y tardó más de una hora en ponerse en movimiento.

Al fin tocó la esquila de la máquina y yo salté al estribo de uno de los coches. El rodar del tren era tan lento, que mis amigos, durante varios minutos, siguieron hablándome mientras caminaban al paso: el grupo de los uniformes, coronado de sombreros claros, se desplazaba tranquilo y compacto, entre la masa pululante, al hilo de la vía. Luego el andar del tren se aceleró: las altas figuras de Alessio y Róbinson, con cuanto las rodeaba, fueron rezagándose; las formas de la estación se achaparraron; el panorama de Culiacán empezó a girar en torno a su centro, se **escorzó**, se encogió como si desde el fondo del horizonte tiraran de él cordones implacables. En seguida se interpuso una altura. Después una curva inclinó y desvió el vagón e hizo que el paisaje se levantara hacia el cielo, como la superficie del mar cuando el barco se balancea; y, por último, el paisaje se fundió en otro, fue otro.

